

LA PASTORELA EN LAGOS

Disertación leída ante la
Academia Mexicana
correspondiente de la Española
el día 10 de noviembre de 1978
en la recepción del

ACADEMICO CORRESPONDIENTE

ALFONSO DE ALBA

Contestación del
DIRECTOR DE LA ACADEMIA

AGUSTIN YAÑEZ

LA PASTORELA EN LAGOS

Disertación leída ante la
Academia Mexicana
correspondiente de la Española
el día 10 de noviembre de 1978
en la recepción del
ACADEMICO CORRESPONDIENTE

ALFONSO DE ALBA

Contestación del
DIRECTOR DE LA ACADEMIA

AGUSTIN YAÑEZ

Señor Director de la Academia,

Señores académicos,

Señoras y señores:

SI ALGUIEN me pidiera cuenta sobre cuál es la justificación de mi acceso al honor que ahora se me confiere, habría de contestar que no encuentro alguna valedera. Es, en efecto, mi verdadera convicción, porque vienen a mi mente los nombres de quienes con mayores méritos pudieran recibir este discernimiento que aquí se me otorga.

Mas si una convergencia de criterios señala mi modesto desempeño en el campo de las letras y por ella han acordado el apoyo suficiente para aceptarme como Miembro Correspondiente de la Academia, me atenace y compele una angustiosa responsabilidad autocrítica: ¿qué hice, sino ensayar mis pasos bajo la mirada, a las veces inquisitiva, curiosa o condescendiente de aquellos venerables maestros, de laguense oriunde, que alentaron mis primeros afanes —Agustín Padilla, Francisco González León, Carlos González Peña, Mariano Azuela— o de aquellos otros que más tarde constataron mi terca porfía en el quehacer literario —José Ramírez Flores, Agustín Yáñez, José Luis Martínez, Francisco Monterde, Salvador Azuela, Octavio Barreda . . .?

Y ¿qué he hecho sino seguir ensayando, a trancos del tiempo, el oficio de escritor provinciano, mas no el oficio educado, constante, ascendente y tenaz que requiere la responsabilidad que ahora contraigo?

Aceptarlo con discreción, creo, es el mejor modo de dar las gracias. Vaya, en fin, mi más entero reconocimiento para quienes con su benevolencia han permitido que esto ocurra. Razón por la cual tendré siempre presente el pensamiento

de Luis de Granada quien asegura que “Cuanto es el beneficio más gracioso, tanto deja al hombre más obligado”.

Desearía no solo haber hecho “habla”, sino haber fijado hitos al “lenguaje”. Un Miembro Correspondiente se ve comprometido a aportaciones de dignificación preceptiva a fuer de crítico, para que el idioma castizo madure y perdure en alianza de hispanidad.

“La lengua de Cervantes” se ha fijado por “habla” de los talentosos del estilo, pero también por norma de los filólogos. ¿No es sensato aceptar la invitación de los académicos españoles a aportar venere para la nueva gramática en cieme que *El esbozo* pide con sed?

Mas sin pretensiones lingüísticas eruditas, me alegraría observar que quienes más saben, penetran en la selva del idioma y hacen llegar su voz hasta la Península para que México vibre confederado de la lengua, en tanto solo contribuiré en lo de que pueda ser capaz: ensayar “habla” y no preceptiva de lenguaje, que al fin, el arte literario, el estilo personal, tiene u dignidad propia. Ortega y Gasset elogia a Baroja afirmando que su estilo consiste en no tenerlo, significando esa paradoja que su “estilo es llano y eficaz”, sin presunciones de remilgos retóricos.

Ensayaré sobre la Pastorela, ramal primigenio de drama y de doctrina con antecedentes medievales.

No obstante que en las Pastorelas que se representaron y aún se escenifican en diversos lugares de México, han sido ya estudiadas por investigadores nacionales y extranjeros, me propongo reseñar la Pastorela que se representa en Lagos de Moreno, mi tierra natal.

En algunos barrios y en las huertas del otro lado del río, llamada “La Otra Banda”, por noviembre, dan principio los ensayos. Bien los recuerdo, desde niño, como feliz anuncio de la Natividad. Bastaba salir al patio de la casa para que en aquel silencio transparente de una pequeña ciudad –sin el

estruendo de motores, hoy pretencioso cruce de tráfico internacional— se escuchara, bajo la comba del cielo erizado de estrellas, la armonía lejana del canto de los pastores; las naturales, espontáneas voces de sopranos y contraltos de las Gilas.

¿Algún otro estímulo logra revivir, como el canto de los pastores, aquel cosquilleo alegre, ingenuo y pueril de años lejanos?

¿Constituye la pastorela un género literario o musical que atraiga el gusto de las personas de posición sobresaliente, de las que suelen ser influyentes en todos los pueblos? Acaso en otros lugares. En Lagos, hasta hace poco tiempo, pasaron un tanto desestimadas e incomprendidas; o cuando más suscitando una sonrisa tolerante o una exclamación en tono menor: “ ¡Ah! las pastorelas de La Otra Banda . . .” Por el contrario: congregan, apasionan, encantan a las gentes humildes, a los habitantes de los barrios del Camposanto, del Refugio, de la Estación: pero principalmente a los hortelanos de La Otra Banda. Son ellos los directores, actores, cantantes y coreógrafos de las “caminatas” —que también así las llaman.

Como los recios y auténticos trovadores que hacían de su ejercicio un *mester*, no aceptan pago en moneda. Su recompensa queda altamente cifrada en buñuelos, canelas o ponche abundante. Y su resistencia física y pasión desinteresada les permite actuar nueve, diez o más días consecutivos, en los diversos lugares adonde se los invita, recitando, bailando, cantando —al descubierto, en pleno frío—, durante horas, hasta que sobreviene el enronquecimiento en grado de afonía . . . en el mejor de los casos.

Bajo los árboles de alguna huerta colocan tres o cuatro lumbradas de leña en derredor de una superficie que no excede a los cien metros cuadrados. El escenario está a nivel de la tierra, húmeda y apenas apisonada. Todos los asistentes —invitados, parientes y amigos de los pastores— sentados o de pie, dejan libre una superficie cuadrangular. A la derecha

un Nacimiento forjado con ramas de jaral, con Santos Peregrinos y una canasta colmada de colaciones y dulces. Diagonalmente opuesto se halla un Infierno. Esto es: un telón de más de dos por cuatro metros con la pintura aterradoramente de un demonio. Abajo, un anafre con carbón encendido y muy cerca, en cuclillas, un encargado de arrojar a la lumbre puñados de azufre mezclado con azúcar que producen llamaradas gigantescas cada vez que uno de los demonios entra o sale del infierno. Una docena de pastores, todos vestidos de blanco: calzón corto y medias blancas de popotillo, que van de la rodilla al huarache. Una camisa blanca y sobre ella una capa de color a veces rosa, a veces azul. Un sombrero de palma con una sección del ala unida a la copa totalmente cubierta con papel de china picado, espejos y campanitas. Un alto báculo forrado de papel en la diestra y colgando de la parte superior innumerables listones de colores. Dos pastoras –Gila y Susana–, también vestidas de blanco, con sombreros igualmente adornados; en su brazo derecho una pequeña canastilla de carrizo cubierta de lienzo blanco conteniendo algunas veces flores, colaciones o dulces. Cuatro diablos –Luzbel, Asmodeo, el Pecado y Lucifer–, camisa y pantalón corto negros, gran capa, medias rojas de la rodilla al huarache y una descomunal máscara de madera con dientes de cerdo y cuernos ya de chivo o de ternera. Un ermitaño, cuyo sayal del cuello a los pies tiene ostensibles quemaduras en el yute, propinadas por los demonios siempre dispuestos a distraerlo con toda clase de tentaciones; pendiente del cuello un enorme rosario hecho con trozos de olote y culminando en una tosca cruz de madera; sobre la cara una máscara de la que penden enormes barbas de ixtle y del mismo material una intonsa e hirsuta cabellera. Un arcángel, San Miguel, con una espada toledana en la diestra. Es curioso observar que a este personaje siempre lo representa un niño entre nueve y doce años. Pero hay algo más que da la tónica nacional en la representación: un charro con espuelas y sin caballo siempre floreando la reata y lazando o tratando de hacerlo, a algunos de los demonios o al ermitaño. Personajes de importancia, de lo mejor delineados en cuanto a carac-

teres, son: Bartolo, el loco y el ermitaño, de los que nos ocuparemos incidentalmente.

Esto es, a grandes rasgos, el conjunto escénico; pero su actividad es múltiple. Hacen monólogos con la indefectible tonada aldeana que acentúa la mala dicción y métrica del verso; dialogan entre sí, cantan y danzan: todo acompasado y con gran concierto. Es decir, al margen de una primitiva coreografía de colorido y plasticidad, hay literatura popular, música —predomina el canto— y danza. ¿De qué se trata? El tema borda sobre el Nacimiento de Jesús. En su mayoría, los personajes son pastores.

Las líneas fundamentales de su secuencia o trama —que no puede hablarse de argumento propiamente dicho—, son las siguientes:

Da principio el *auto* o coloquio con la presencia de Luzbel que pide repetidamente al público su atención y de antemano disculpas por todos los “yerros” de que adolezca la representación. Bato y Tebano, personajes conductores del auto, solicitan permiso del “gobierno superior” para disertar sobre los tres estados del hombre: el de la Gracia, el del Pecado y el de la Redención, mediante el nacimiento de Cristo. Estos personajes, con el concurso del Coro, integrado por gentes del pueblo que no entran en escena, entonan las Profecías y subrayan el contenido de los parlamentos anteriores a la vez que anuncian:

*Vamos pues a comenzar
nuestros débiles trabajos
pues que somos aficionados
ustedes nos habéis de dispensar.*

Ya solo, Tebano expresa:

*¡Qué noche tan apacible
que los pajarillos cantan
y las aves se aseñoran,
los cabritos dan retozos
y las selvas muestran gozos
por haber tantos primores!
Quizá allí los pastores
ya sabrán de esta grandeza
que aquí me siento a esperarlos.*

Bailando y cantando entran los pastores con Gila y Susana a la vanguardia:

*Derecho a Jerusalem
se ve una estrella brillando
que a los pastores va guiando
para el portal de Belem
donde Jesús nuestro bien
escogió para nacer.*

Después de la primera caminata, sale de improviso, por el telón del infierno, Lucifer. Arroja lumbre por oídos y boca (aquí se engolosina el “maestro de la pólvora” colocando luces en oídos y boca de la máscara para hacerla más espectacular). Y de un largo parlamento, que más parece bramido cósmico, entresacamos:

LUCIFER *¿Qué Dios nacerá de una doncella?
¿Pues mi rabia dará con ella!
¿Adónde te hallas lujuria, gula, avaricia?
¿Adónde habitas Plutón?
Dí, Pecado, ¿dónde estás?
¿Qué te has hecho Satanás?*

Al fulgor de otra llamarada, también con luces pirotécnicas en la máscara, surge el Pecado en forma de demonio. Se dirige a Lucifer:

EL PECADO *Príncipe de los mortales:
¿qué acción y qué motivo
es causa de tanto disgusto?*

LUCIFER *¡Ay! Pecado, compañero,
¿oíste acaso por el viento . . .
ese músico parlero?
. . . qué ruido de pastores
que habitan por estos cerros;
pues todo lo que publican
redundará en daño nuestro.
¡Acabar con los pastores
es todo lo que yo pretendo . . . !
. . . que no te quede pastor
chico, grande, sabio y viejo
que no perturbes, Pecado,
sus caminos impidiendo . . .*

Aparece en escena un ángel (San Miguel) interrumpiendo el diálogo de Lucifer y el Pecado. Increpa a aquél:

ANGEL *¡Es muy poco tu poder!
Porque tan claro lo ves
convocas vuestras legiones.
Aquí en esta noche misma,
en el portal de Belem
mi brazo fuerte te espera
donde verás de mi Dios Niño
la muy singular grandeza.*

LUCIFER *Acepto tu desafío, aunque
muy corrido, quedo avergonzado . . .
mas yo he de seguir mi intento
a pesar de tu grandeza.
. . . pero si yo fui el nonplús
¿cómo es posible que un niño
cómo es dable que un Jesús
me ha de quitar el imperio?*

A partir de este desafío queda establecida la arquitectura temática de la trama: los pastores, enterados por la lectura de las Profecías y por una estrella deslumbrante que los guía, emprenden larga caminata hasta el portal de Belem. Lucifer, comandando sus legiones, hace toda clase de tentativas para que duden, se desalienten, y no lleguen a su meta. Y aquí aparece el patetismo ovidiano que hace de la indolencia de los pastores, la ocasión de que el lobo se ensañe con las ovejas; tema que han aprovechado muchos clásicos. Cuando arrecia el frío, merman los bastimentos, los lobos acechan al ganado, la flojera de Bartolo los retrasa y hasta el ermitaño cae en la tentación, sugerida por el Pecado, e intenta robarse a Gila mientras duermen los caminantes; en tanto estos factores adversos llegan a un punto culminante —el clímax de posible desaliento— aparece el ángel blandiendo su espada, pelea y derrota a Lucifer quien así lo admite:

LUCIFER *Vencistes Miguel, vencistes
solo tu nombre pudiera
abatir soberbia entera.
Publica y grita en tu patria
que ya vencido me tienes . . .
. . . si en el cielo fui luz bella
hoy a tus pies soy rendido.*

Momento que aprovecha el ermitaño, al ver caído a Lucifer bajo la planta del ángel, para espetarle este gracejo:

ERMITAÑO *Daca la pata perico
y suena tu trompetita
que cuando tú tengas hambre
yo te daré tu sopita.*

Y no resisto la tentación de sacar de un parlamento, con perdón de Zorrilla, tres versos que nos inducen a recordar a don Juan Tenorio a los pies del Comendador. Dice Lucifer al ángel:

LUCIFER *. . . Que haya permitido el cielo
que yo esté como me ves
a las plantas de tus pies . . .*

Reanudan el camino, animados por el ángel. A punto de llegar al portal canta el ermitaño:

ERMITAÑO *Yo brinco, yo salto
de gusto y contento
pues ya vide al Niño
en su nacimiento.*

Y el ángel los conduce y anuncia:

ANGEL *Llegad humildes pastores
a la que es de gracia llena
a la que parió sin mancha
dalde mil en hora buena
a la que gusta escuchar
de vuestra sencilla lengua.*

Viene luego la adoración, el canto de villancicos, la entrega de humildes ofrendas –panales de miel, corderitos, pollos, fajeritos y sábanas tejidas por las pastoras, hojas de laurel–, y luego las peticiones. Conozcamos una que apunta contradicciones al modo campirano inconfundible.

*. . . os digo como vaquero
los de mi casa están buenos;
es decirte la verdad.
Muchos recados te envían
que algún día vendrán acá.
Ahora quiero un milagrillo
de los que sabes hacer:
que me sanes a José Andrés
porque lo tumbó un potrillo.*

(¡Y eso, que todos “los de su casa están buenos”!)

Al hablar de los personajes más bien logrados de la pastorela mencionamos a Bartolo. Su carácter merece que nos detengamos un poco para conocerlo. De toda la pastorela he entresacado diversos parlamentos que lo pintan de cuerpo entero. Basta que los leamos para darnos una idea de su psicología:

BARTOLO *Mi abuela contaba un cuento
que era de nunca acabar:
que yo para todo era violento
pero mucho más en el cenar.*

GILA *Tú para todo eres violento
menos para trabajar,
que en el comer y dormir
ninguno te ha de ganar.
Despierta Bartolo
y escucha a Gilita
que te canta alegre
esta cantadita.
Vamos y verás Bartolo
corre leche en los arroyos.*

BARTOLO *Si quieres que te la crea
tráeme un jarro de apoyo*

GILA *Verás un buey adorando
hincadito de rodillas.*

BARTOLO *No se vaya a levantar
y me rompa las costillas*

GILA *Una mula está humillada
adorando al Rey del Cielo.*

BARTOLO *¿Me la traerán ensillada
porque no sé andar en pelo?*

GILA *Vamos a Belem, Bartolo
porque todo el mundo va.*

BARTOLO *Si yo no soy todo el mundo
¿a qué tengo que ir allá?*

GILA *Allí verás a los tres reyes
que adorando a Dios están.*

BARTOLO *Si yo no tengo corona
¿a qué tengo que ir allá?*

GILA *Bartolo por tu flojera
el diablo te ha de llevar.*

BARTOLO *Como me lleve a caballo
ni cuidado me ha de dar.*

Después de tanto insistir, Bartolo se levanta. Jubilosos se le reúnen todos los pastores; luego Bartolo canta.

BARTOLO *Yo al fin de tantos desvelos
creo que el Mesías ha nacido
porque ahorita me han venido
ganas de cenar buñuelos.
Yo no tengo otros anhelos
ni padezco de otros males
¿que el Mesías se halla en portales?
Ahora me pongo en camino
solo que el Mesías traiga vino
y una ollita de tamales.*

Después de cantos individuales y en coro, del baile del ermitaño y de la tardía presencia de Bartolo, viene el arrullamiento y la despedida:

*A la rú, rú, rú,
a la rú Señor,
duérmete en la cuna
de mi corazón.
Duérmete niño,
boca de marfil,
que va los pastores
nos queremos ir.*

Bartolo dirigiéndose al público y a la autoridad concluye:

*Señor Alcalde, el perdón
pedimos de nuestros yerros;
pues sabéis que de los cerros
venimos a esta función.
. . . A vos auditorio
daos hoy por bien servido:
sufrid las faltas que haya habido,
¡Buenas noches os dé Dios!*

Y preguntamos nosotros: ¿noches? Solamente cuando la pastorela se haya iniciado a las siete de la tarde. Porque la representación de la pastorela, con algunos recortes, dura cuatro. Y siempre comienza cerrada la obscuridad.

No ha sido mi propósito redondear una investigación exhaustiva sobre las pastorelas. Solamente me he referido a la que se escenifica en Lagos. Tampoco es mi finalidad, ante ustedes, personas especializadas en literatura española y mexicana traer arreos de erudición y abrumadora lista de citas. En un apéndice de este trabajo va una bibliografía lo más completa posible.

Los antecedentes más remotos de la pastorela parten de los primitivos autos de Navidad de la Europa Medieval. El primer monumento de la historia del teatro español lo constituye el *Auto de los Reyes Magos*, escrito tal vez en el siglo XII, y del que se conserva un fragmento de 147 versos. Representaciones similares se encuentran en Francia: Nevers, Limoges, Orleans, etc. También en los Países Bajos, y en Austria. Aquí en México, en diciembre de 1954, se representó en la "Sala Moliere" una pastorela austriaca, en dialecto austriaco. Los personajes y la trama son semejantes a las aquí representadas.

Mas son poetas españoles del siglo XVI —algunos, aún dentro del espíritu medieval; otros, ingenios ya del Renacimiento—, los primeros en buscar una solución al difícilísimo problema de hermanar el tema eucarístico con las formas escénicas, el misterio de la Misa con el teatro. Obvio es decirlo: las cuestiones estéticas estaban supeditadas a criterios éticos o políticos. Y cuando se afirma el prestigio de las nuevas normas poéticas, surge la incomprensión y, finalmente la prohibición de los autos. Esta se produce, por Real Cédula, el 11 de junio de 1762. Lo esencial de su argumento se reduce a que las piezas sacramentales son irreverentes y blasfemas, y se presentan de tal manera que perjudican las "buenas costumbres". La pobreza de espíritu, la falta de com-

preensión estética reveladas por esta sumisión al realismo más ingenuo, estaban muy divulgadas entre los intelectuales: escritores, políticos, cortesanos. Por sus temores cuasi puritanos, el género había fallecido. Fue hasta la consagración como creador de Autos Sacramentales del mayor aliento, Pedro Calderón de la Barca, que se reanudó la polémica. El solo, frente a críticos neoclasicistas y protestantes, sostuvo que los españoles tenían en los autos una herencia cultural de la que podían sentirse legítimamente orgullosos.

A la Nueva España llegan, acompañando a los primeros misioneros franciscanos y formando una sola unidad literaria, la pastorela, el villancico y todos los demás elementos accesorios.

Estas representaciones elementales, en forma dramática visual, suplementando así los sermones y el catecismo, no dejan de representarse ni aun en los períodos de mayor inquietud política y poco a poco han adquirido perfiles definidos, propios, diferentes a las pastorelas y a los villancicos peninsulares. Se celebraron inicialmente dentro de las iglesias, a cargo de sacerdotes y legos. Más tarde salen del recinto de los templos y se convierten en espectáculos populares y profanos; las representan campesinos, simples villanos o auténticos pastores, en los atrios, corrales o lugares improvisados de las más humildes aldeas. Sus textos denotan las contribuciones del drama español de fines del siglo XVI y principios del XVII y las probables adaptaciones y sustanciales modificaciones hechas por sacerdotes, legos españoles, criollos y mestizos. La única escrita y firmada por su autor fue la de Fernández de Lizardi y que tituló *Pastorela en dos actos*. Desgraciadamente no se dispone de bastantes obras publicadas en México que le permitan a uno sacar conclusiones valideras.

Aquí sucedió lo mismo que en España con el teatro y las representaciones con tema religioso: “la creciente preponderancia de los elementos cómicos sobre los religiosos separó el teatro más y más de la Iglesia” y algunos sacerdotes y lai-

cos lucharon denodadamente y lo combatieron sin tregua. No solo: lograron que se reiteraran las prohibiciones. En primer término así lo hizo el tercer Consejo Mexicano en 1585 y luego por Real Cédula de 11 de junio de 1765 volvió —rotunda— la proscripción. En su documentada investigación *La literatura perseguida en la crisis de la Colonia*, Pablo González Casanova transcribe interesantísimas delaciones que se hacían ante la Inquisición. Veamos ésta a propósito de las pastorelas. Huelga todo comentario:

Aunque el propósito parecía santo, la realidad era que cualquier ignorante del arte de versificar y de la religión, tomaba los libros sagrados y los ponía en el metro que sabía o le convenía, dividiéndolos en varias jornadas a imitación de las comedias. Por su vena poética y sus malos versos hablaban los ángeles, la Madre de Dios y su Casto Esposo “en aquellos santos éxtasis, revelaciones y tratos familiares que tuvieron”, quedando expuesta ineludiblemente “una materia tan santa a ser tratada por sujetos vulgares”. En cuanto a los actores, se escogía una doncella de buen parecer y malas costumbres para que representara a la Santísima Virgen, un joven disoluto para el San José, y una serie de truhanes para pastores, pastoras y diablos. “¡Advierta vuestra señoría —exclamaba el delator— qué intervendrá en semejante junta, y qué dimanará de una continua familiar concurrencia. . . !” Y más lejos añadía: “Yo lo mejor que he visto salir de ellos es que se casa el que representó al señor San José con la que hizo a la Santísima Virgen: Bato, pastor, con Gila pastora, uno que hizo al diablo con la que hizo otro papel, y así de los demás.” ¿Qué antecedentes no se podían inferir? ¿Qué proposiciones malsonantes no proferían las lenguas de quienes lejos de meditar en tan divinos pasajes estaban acomodándolos a su “ociosa malicia” y “desarreglado discurso”?

Si bien es cierto, que la pastorela, término acuñado en el siglo XIX, ha sido estudiada con mayor profusión y extensión por distinguidos investigadores norteamericanos, sería grave omisión no destacar los trabajos doctorales que sobre autos sacramentales, coloquios y teatro de la colonia y pastorelas han realizado en México Joaquín García Icazbalceta, Alfonso Reyes, Francisco Monterde y José Rojas Garcidueñas, entre los más destacados. Asimismo, se han ocupado en describirlas don Victoriano Salado Alvarez, las de su natal Teocaltiche; Agustín Yáñez quien afirma que las pastorelas han sido una diversión favorita en Yahualí y José Guadalupe de Anda quien detalla en *Los Cristeros* una que vio representar en la Capilla de Guadalupe durante la guerra religiosa.

Después de muchos años de acecho para lograr conocer el texto de la pastorela que se representa en Lagos (misma que guardan celosa y restrictivamente los “maestros”) tengo ya en mi poder un ejemplar manuscrito. De él he extraído las citas anteriores. Está plagado de interpolaciones, adiciones y pegotes que saltan a la simple lectura. Basta señalar que la mayoría de las copias se han hecho a base de las memorizaciones transmitidas oralmente, a través de muchas generaciones, por las gentes que las han representado y que apenas saben leer y escribir. En consecuencia, esa copia carece de ortografía, correcta puntuación, etc. No posee adecuada ordenación de los versos, surgen a cada momento palabras de acepción tergiversada que cambian u oscurecen la idea. En cuanto al texto literario, la mano criolla, en mucho mayor grado que la mestiza, ha hecho transformaciones y adiciones sustanciales: en el lenguaje vernáculo, en la alusión de objetos, platillos y costumbres nacionales. Así se habla indistintamente de tamalitos, buñuelos, jamón, ensalada, carne asada, pescado en escabeche, entresijos, pollo asado, traguito de aguardiente, ensaladita francesa, chilitos o aceitunas, migas, arroz y contamal, ollita de tamales, sin faltar por ahí “échame la bota acá”, zagales, pollino, tamboril, vi-huela, panderos.

Al leer las pastorelas, a que he tenido acceso —no menos de doce—, advierto que la que se representa en Lagos no es copia de ninguna divulgada. El tronco temático, el argumento básico, en todas se mantiene como espina dorsal. Solamente varían —en todas— escenas anteriores o posteriores a la Epifanía y algunos personajes secundarios agregados o suprimidos.

Labor ímproba sería la depuración minuciosa, inteligente, plena de sensibilidad del texto. Pero ¿vale la pena intentarlo, hacerla a riesgo de limarle su canador, su fresca rusticidad y su gracia popular?

Por otra parte, considero de sumo interés, señalar que las pastorelas han enriquecido buenas páginas de la picaresca mexicana. No son ni el lugar ni la ocasión propicias para recitar algunas de las parodias que han inspirado, y que le han creado —injustamente— a la pastorela su leyenda negra. Picantes a veces, irreverentes otras; graciosos y aun obscenos son algunos fragmentos que “a veces introducen los actores”, en el correr mismo de la representación “y que no figuran en el texto”. Con palabras fuertes, de reciedumbre castiza, enseñadas por los propios misioneros a los naturales con el fin de que se desahogaran sin llegar a la blasfemia; con esas palabras del más genuino uso cervantino sazonan, condimentan y complementan la rima y el sentido lleno de intención. Sin esos toques de gracejo picaresco, por algunos conceptuado como “vulgar”, perdería la pastorela una de sus más incisivas cualidades. Tales son, por ejemplo, los siguientes añadidos que pueden consignarse aquí.

Entre villancico y villancico después de las caminatas, un pastor canta:

*¡Pásate Gilita
que vendrás cansada!
Untate sebito
que estarás rozada.*

Alguien me ha contado de una pastorela que vio y escuchó de chico en San Marcos, municipio de Zacoalco. De ella recuerda este pegote. Después del pecado original, el Señor le grita a Adán:

*Adán, Adán, ¿dónde estás?
¿por qué no sales p'a fuera?*

A lo que él responde, desde una cueva:

*Es porque estoy encuerado
y lo mismo está la "güera".*

Y algo más todavía. Un pastor, deseoso de continuar provocando la hilaridad del público, sigue cantando:

*Ya parió María
y también José;
todos los pastores
y el niño también.*

Ante este aparente descuido en la versificación, el señor cura, que asistía con las más jóvenes Hijas de María de su parroquia, no soportó el gracejo y levantándose les dijo:

“ ¡Ya vámonos; no vaya a ser enfermedad contagiosa!”

El diálogo entre el ermitaño y el Diabolo es irreproducible, aun con atenuantes. En cambio el de Luzbel y el Angel es clásico, muy conocido y puede esbozarse así:

LUZBEL *Vencites, Miguel, vencites,
mete tu luciente espada.
Ya todito me afligites
vete mucho a la . . . ¡nada!
¡Quita la pata Miguel
mira que ya me revientas!*

SAN MIGUEL *¡No te la quito bribón
hasta que no te arrepientas!*

Permítaseme, finalmente, hacer aquí una consideración breve que ha surgido al pergeñar este trabajo.

A menos que sea demasiado tarde, no deben dejarse al abandono las pastorelas como género literario de tono menor, de vena popular y humorismo sencillo, tan hermanado con la literatura picaresca y moralizante. Por el contrario, deberían fomentarse por cuanto significaron y pueden aún significar como torrente de vitalidad, autogeneradora de formas nuevas, inagotables de expresión y de exteriorización populares. Son en sí mismas, un intento de liberación de las clases humildes que al romper viejas sumisiones hacen mofa —fina o grotesca— de todas las entidades intocables. Mas si prosigue el irreductible éxodo de las gentes del campo a las urbes populosas y los medios modernos masivos de comunicación siguen ejerciendo su enajenante influencia sobre gustos y costumbres populares, la pastorela habrá muerto por siempre jamás.

Pero he dicho “a menos que sea demasiado tarde”. Todos convenimos en que confrontamos una crisis general de los valores. “Crisis de los valores dados o recibidos por los espíritus” —señala Paul Valéry. Y luego advierte: “Pero la escala de los fenómenos ha cambiado singularmente. Cuanto más avanzamos tanto más se hace sentir el intervalo creciente que se produce entre los dos aspectos de la actividad del espíritu; su aspecto de transformación y su aspecto de conservación”.

Muchas gracias

Alfonso de Alba

México, D.F., 10 de noviembre de 1978

CONTESTACION DE AGUSTIN YAÑEZ DIRECTOR DE LA ACADEMIA MEXICANA

“PLENO de sugerencias y reminiscencias genealógicas —historia terrestre a lo profundo—, el nombre firmaba la página literaria de un periódico publicado en Guadalajara y era estímulo triple a las divagaciones de un provinciano confinado en la capital.

Primer estímulo: el del nombre mismo, por cuyos inconfundibles patronímicos habla la estirpe y se representa el paisaje de nobilísima región: cantería—geológica y humana—, noble austera, eclesiástica y civil de aquellas nobles villas; galerías de hombres y nombres que traen los mismos gentilicios a las buenas memorias de la amistad y a las leyendas de infancia, prestigiosos; las virtudes teologales y las cardinales en la prosapia, como blasón. Los Alba y los Martín de Lagos, de San Juan, a donde nos transportaba el nombre solo, símbolo de la comarca.

Esperar sucesión y verla en los nuevos adeptos a las letras: pro genie de aquel sueño hecho empresa en *Bandera de Provincias*, que quiso ser y fue congregación y expresión del pensamiento y el arte interiores o “del interior”, “de tierra adentro”, habitualmente desconocidos y desdeñados por la metrópoli, como si no fuesen las más vigorosas y puras linfas de abastecimiento nacional. El segundo estímulo era esta vigilia de fe, y esperanza, y amor a la provincia.

El tercer estímulo: la distinción de la página literaria, llena de inquietud por las novedades, firme al mismo tiempo en el culto a lo eterno, libre de las ñoñerías y rutinas que

suelen ser patrimonio de las secciones literarias en periódicos de información general, y más aún en provincias: realmente son secciones de amenidades anacrónicas, muy siglo diecinueve. La dirigida por Alfonso de Alba, no; virtuosamente atenta a las pulsaciones de la provincia, estaba bien informada del movimiento nacional e internacional; sus materiales combinaban la calidad vernácula y la producción reciente de autores nacionales y extranjeros, sin que faltara de cuando en vez la nota de lo clásico, fijando el criterio y los rumbos de la página, en cuya confección se advertía renovado y cuidadoso esfuerzo, curiosidad y originalidad.

El provinciano en destierro se daba a imaginar, algunas veces, la figura y los hábitos de su desconocido sucesor en iguales tareas del periodismo regional. El desterrado en la metrópoli se veía a sí mismo, descubriendo el mundo de los libros y del arte, sumido en la biblioteca pública, rondando los escaparates de las librerías lugareñas, recibiendo de sus amigos el préstamo de las novedades literarias más nuevas, discutiendo con ellos en los intermedios de clases y por las calles, desvelándose para terminar una lectura, para escribir unas líneas; luego, junto al cajista, más tarde junto al linotipista, para llegar al solemne, inigualado placer de dirigir la formación de una página, quitando y poniendo líneas, interlíneas, espacios, cabezas, grabados, hasta enramar, meter en prensa, volver a corregir, dar el títise final, entregarse a la monocorde sinfonía de la impresión y recrear la vista y el olfato con la página impresa, con el olor de la tinta fresca. Dura tarea íntegra del periodismo heroico en provincias: escribir, conseguir anuncios, corregir, hacerla de tipógrafo, administrar la edición, etcétera, etcétera, sin afán de lucro y bajo la severa mirada de la buena sociedad y del caciquismo local.

* Todos estos y otros recuerdos le infunden simpatía cordial hacia sus pósteros colegas provincianos, que cultivan el periodismo sin miras ni métodos mercantiles, entre penurias aun tipográficas, apurando el ingenio para salvar deficiencias, con ánimo deportivo; simpatía —enraizada en el sentimiento vivido de las resistencias del ambiente— hacia todos los que

cultivan las letras. en provincia, y por manera especial hacia los que publican libros, a los que organizan editoriales, grupos de intercambio, centros de cultura, saludable agitación espiritual en el marasmo de las rutinas.

Esa fue la primera especie de afinidad con Alfonso de Alba, que se presentaba no como un transitorio aficionado a las letras; era el suyo entusiasmo de ley, serio, empeñoso, profundo y abierto a la actualidad literaria, bien que con la nota inconfundible del joven que se mueve por sí solo dentro de la provincia.

En el corazón de la provincia, de paso por la ciudad de Lagos, casi al azar, lo conocí personalmente, un día de septiembre. Aún flotaba sobre la ciudad, en el cielo, en las calles, la invisible, persistente tristeza por la muerte de don Francisco González León, el dilecto amigo, el fino poeta. De las fotografías de su entierro, yo llevaba en la memoria, con obsesión, la imagen de una bella enlutada, joven, que al pie de la fosa, entre otros rostros provincianos, personificaba el duelo de la exquisita belleza que alentó en la poesía de González León, hecha nombres de mujer: Cristiana, Anita, Casilda, Eulalia, Rosamunda y Clotilde. “¡Qué dulces fueron todas —en la ilusión de mis perennes bodas!”

En compañía de amigos entrañables, viejos amigos de *Bandera de Provincias*, hacíamos el itinerario —entrañable— de Guanajuato a Guadalajara, por la carretera que va del Bajío a los Altos. Cuando más allá de León, bajo el punto del medio día, entre la fiesta de nubes otoñales, apareció el perfil siempre sorprendente de la Mesa de los Gallos, en la emocionada inminencia de tocar tierra de Jalisco, de descubrir las torres y el caserío de Lagos, mezclábase al júbilo del regreso, la melancolía de saber que no hallaríamos el diálogo ni la presencia de González León, atractivo determinante de viajes anteriores.

Euforia de sentirnos en Jalisco, de oír el habla, de mirar el tipo de las gentes, de ascender el graderío señorial de la parroquia y entrar en su ancha nave, prez de la Arquidiócesis.

Ausencia del poeta en todos estos sitios y en la soledad de la plaza, que gustaba recorrer, frente a la cual tenía un despacho: atalaya del vivir provinciano.

En esa danza de sentimientos conocí al albacea literario de don Francisco. Lo era, lo es Alfonso de Alba.

No queríamos pasar por Lagos sin saludar a otro viejo amigo de días estudiantiles: Pepe Soriano, médico avecindado en su ciudad natal. Quiso ser un rápido saludo. Los años de no vernos, el gusto de hallarnos en ambiente familiar y el encanto de la tertulia provinciana nos retuvieron. Allí llegó Alfonso, y fuimos presentados, aunque ni era necesario, ni precisaba decir su parentesco con el doctor don Pedro de Alba, que le salía a los ojos y en el estilo de su charla y de sus ademanes; reinó desde luego una confianza de conocidos antiguos, en la nutrida y perentoria conversación. Los viajeros deseábamos llegar a San Juan para gozar sus canteras en el esplendor del sol, y así la charla con Alfonso fue suspendida en la tácita inteligencia de que pronto la reanudaríamos en parejo clima de afinidades. Como prenda de aquel encuentro llevé un libro: *Entonces y ahora*, que Alfonso de Alba acababa de publicar y en el que cifra su devoción por Lagos, capital del espíritu provinciano.

Volvimos a encontrarnos en la capital de la República. Honrosamente, Alfonso había obtenido una beca para estudiar historia en El Colegio de México, cuyo disfrute aplazó, por ser incompatible con la terminación de su carrera jurídica, que decidió continuar en las aulas de la Universidad Nacional, haciendo que las clases, las prácticas forenses y el prosaico trabajo para la subsistencia resultaran compatibles con su afición y quehaceres literarios.

La vida metropolitana no ha turbado el amor de Alba por la provincia. El amor y la fe, que son en Alfonso un género de orgullo y aun de obsesión.

Invitado por sus condiscípulos a dar una conferencia en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, escoge por tema el del valor de la provincia. Llevado de sus aficiones editoriales,

acopia recursos que han hecho posible la publicación de una serie de textos de autores laguenses y ha conseguido que la tipografía de Lagos rinda excelente trabajo, cuya pulcritud y sobria elegancia son una grata sorpresa. Encargado de los papeles de González León, los ordena, los estudia y prepara una edición completa, en la cual el inédito aspecto epistolar nos entregará la exacta clave de los matices poéticos, no suficientemente analizados hasta ahora, en el autor de *Campañas de la tarde*.”

Escritas hace treinta años —25 de julio, 1948—, conservan vigencia las páginas anteriores, que inician el prólogo al segundo libro de Alfonso de Alba: *La provincia oculta*, en cuya estimación prosiguen:

“Mas la prenda evidente de que permanece intacta en Alfonso de Alba la devoción —hecha de fe y amor— a la provincia, de este ensayo de acento apoleogético y un tanto polémico, en que se advierten las filias y fobias del recién venido a la capital. ¡Dichosa pristinidad, cuyas rebeldías —tarde o temprano— suele mondar la servidumbre a la metrópoli! ¡Saludable pristinidad, que precisa ser siempre renovada en bien del espíritu nacional!

Más que una apología. *La provincia oculta* es el primer intento de analizar sistemáticamente la aportación de la provincia al caudal de la literatura mexicana; y esto no tanto como tema —pintoresco más o menos—, sino como género de sensibilidad específica; o dicho de otra manera, lo que la provincia significa culturalmente como herencia, como clima, como instrumento en sí de producción; en una palabra: como forjadora espiritual.

Páginas entusiastas, revelan el carácter del autor y de su *gens*. En ellas parece que oímos hablar ese lenguaje de sinceridad con que alegan y elogian los hombres de Los Altos, en los atrios de las iglesias y en las plazas de gallos, en las tertulias familiares y en los lienzos de tientas; lenguaje tallado de valor y admiración; hecho para comprender al prójimo y para batallar por las ideas personales, brioso en el desahogo del sentimiento y sumiso a la inteligencia de las cosas.

Por todo esto, *La provincia oculta* es importante capítulo en la historia de un conocimiento: el conocimiento de Alfonso de Alba, hijo y nieto de alteños, natural de Lagos, en la marca de Jalisco”.

Invariable signo rige posteriores libros: *Antonio Moreno y Oviedo y la generación de 1903*, estudio de un grupo literario que dilató el prestigio cultural de Lagos, con los nombres —entre otros— de Francisco González León y Mariano Azuela: *Al toque de queda – leyendas laguenses. El Alcalde de Lagos y otras consejas*.

La vertiente trae ahora el discurso sobre la *pastorela*, “ramal primigenio de drama y doctrina, con antecedentes medievales”, que aporta, en México principalmente, veneros de habla popular, sustentadora, enriquecedora del idioma, conforme a la tesis toral de la disertación que acabamos de oír.

Por su fidelidad en el culto y cultivo de las letras, la Academia Mexicana de ignó Miembro Correspondiente a don Alfonso de Alba Martín; y esta noche, al ingresar en esta Casa, le da muy cordial bienvenida.

BIBLIOGRAFIA

P. ALARCON: *Las bodas de Silvio y Flora. Pastorela*. México, D.F.; La Casa del Maestro, Librería Editorial Angelina Lechuga, s.f.

Artes de México Año XIII No. 86, Nacimiento, Villancico y Pastorela.

LUIS ASTEY V. tr. *Dramas latinos medievales del ciclo de Navidad*. Monterrey, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, 1970 (Serie Letras No. 4).

FRANCISCO BRAMON: *Auto del Triunfo de la Virgen y Gozo Mexicano (1620)*, México, Imprenta Universitaria, 1945. Textos de Literatura Mexicana No. 1.

JUANA MARIA CARREJO: *Mosaico Navideño*. Saltillo, Coah., s.e., s.f.

MARIA TERESA CASTELLO ITURBIDE: *Fiesta*, México, D.F. Talleres de impresión de estampillas y valores. Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1958.

JOSE JOAQUIN FERNANDEZ DE LIZARDI: *Obras II. – Teatro* UNAM, México, 1965.

FRANCISCO GAVIDIA: *La Princesa Citalla. Poema Dramático*. San Salvador, El Salvador, Ministerio de Cultura, 1946.

ADOLFO HERRERA VEGA: *Navidad en Izalco*. San Salvador, El Salvador, Ministerio de Cultura, 1946.

STANLEY L. ROBE: *Coloquios de Pastores from Jalisco*. México. Berkeley and Los Angeles, University of California Press, 1954. Folklore Studies No. 4.

RAFAEL SAAVEDRA: *Nuestro México*. México, Editorial Jus, 1974.

MARCIANO SARMIENTO: *Los Cuernos del Diablo, gran zarzuela pastoril melodramática de magia y de grande aparato*. México, Tip. de Clarke y Macías, 1883.

TLALOCAN. A. *Journal of Source Materials on the Native Cultures of Mexico*. Vol. I, No. 3, 1944. "Pastorelas de Viejos" por A.F. León M. y H. Contreras A. Editor the House a Tlaloc, Sacramento, California.

TLALOCAN. A. *Journal of Source Materials on the Native Cultures of Mexico*. Vol. II, No. 4, 1948. "Pastorelas de Viejitos" por Pablo Velázquez. Editor. La Casa de Tlaloc, Azcapotzalco, Méx....

BRUCE W. WARDROPPER: *Introducción al Teatro Religioso del Siglo de Oro*, "Revista de Occidente", Madrid, 1953.

